



# Wilmer

Ser a pesar de las armas

Nací en Acacias, pero me registraron en Guamal. En los documentos nació en Guamal. Mi niñez fue un poco fuerte y dura porque fui hijo indeseado, desde ahí viene la problemática para la convivencia en el hogar. Mi padre era un poco irresponsable y entonces a mi madre le tocó hacerse cargo de nosotros pequeños. Una mujer del campo, sin educación académica, a ella le tocó muy duro para sacarnos. Éramos siete hermanos que dependíamos de mi madre, cinco de mi papá y los dos mayores que ella tenía.

Fui indeseado por problemas de confianza de mi papá con mi mamá. Cuando ellos trabajaban en una finca de administradores, mi papá celaba a mi madre con el dueño de la finca. Desde ahí siempre tuvo desconfianza de que yo no fuera hijo suyo sino del señor de la finca. Yo me vengo a enterar de toda esa problemática cuando cumpla 15 años. Ahí supe por qué había sido el maltrato en la casa, en el hogar. Mi papá había obligado a mi mamá a abortar, pero no se dieron las cosas; Dios quiso que yo viniera al mundo. Mi papá se "irresponsabilizó" de nosotros y eso que tengo 3 hermanos menores. No le tenía confianza a mi mamá, pero le hizo tres hijos más.

Fue muy dura mi niñez porque mi mamá tenía problemas con mi papá y el desahogo era mi persona. Se desquitaban conmigo. Igual mi papá cuando venía una o dos veces al año a la casa, la convivencia no era muy buena con él. Mi mamá se ganaba la vida vendiendo empanadas y lavando ropas. Yo a los ocho años ya trabajaba, le ayudaba a mi mamá a vender empanadas y envueltos. Yo soy el del medio. A los 10 ya trabajaba en la plaza de mercado para ayudarle a mi mamá con los gastos. La convivencia con mis hermanos más crecidos se había vuelto insoportable y mi mamá era muy rancia conmigo. El día que no me cascaba, ese día había falla.

Siendo niño intenté irme de la casa dos veces y lo único que me gané fue dos fueteras. Entonces mi tía vino y me llevó, ella me enseñó a trabajar en el campo, fue la primera vez que trabajé en las arroceras, trabajé dos años. Gracias a ella mi vida cambió, porque

ella me consentía y me apoyaba en todo, me hacía ganar dinero para llevarle a mi mamá. Fueron dos años que obtuve experiencia en el campo y en los que comencé a sentir mi condición sexual. Empieza a llegar esa atracción por otra persona, pero también la confusión, porque hijo de padres campesinos, conservadores, tradicionales y súper católicos. Había un muchacho en las arroceras que me atraía, me acuerdo que se llamaba Joel. Era mucho mayor que yo, que tenía como 12 años; y él, 17 o 18. Nunca le dije nada porque me daba mucho miedo. Tuve problemas con un señor de edad al que un día fui a llevarle los almuerzos, estaba echando pala en un sector solo y quiso propasarse. Eso sí, a usted le enseñan en el campo que usted a toda hora anda pero lo que no se le queda es el machete; esa fue mi defensa. Nunca volví a llevarle el almuerzo, a mi tía no le dije por qué, me daba miedo cómo reaccionara, porque todos ellos son campesinos, conservadores, tradicionales y yo tampoco me entendía, porque estaba confuso. Uno sentía la atracción, pero no sabía por qué o cómo, porque me preguntaba ¿Por qué me pasa a mí? ¿Por qué, si las otras personas son diferentes, qué pasa?

Pasa esa cuestión. Se acabaron las campañas en las arroceras, de vuelta para el pueblo. De las arroceras me queda este recuerdo, la cicatriz me la hice con una hoz cortando espiga. Me vengo para el pueblo, se acabó el trabajo, nosotros teníamos una yegua y esa hijuemadre se perdía cada nada, entonces me fui a buscarla y la encontré, me subí a pelo para llevármela para la casa muy a las seis de la mañana. Yo iba por la trocha pero pasaba el

carro de la leche, al señor del carro le pareció mucho chiste echarle pito a la yegua, y ese animal se desbocó. A mí de chino me encantaba correr, sino que con el lazo me lastimé la herida y la yegua hizo un giro en un hueco y me botó. Tuve un porrazo severo y me zafé dos costillas. Toda la vida he sido de esta constitución, un médico me dijo que era porque mi mamá había tenido problemas en el embarazo, de pronto son consecuencias del intento de aborto, mi papá le hizo tomar unas yerbas para abortar. Mi mamá no quiso.

Volví a vivir con mi mamá. Me puse a trabajar juicioso y le daba la mitad de la plata a mi mamá y la otra mitad la ahorra, la enterraba por allá en un lote desocupado. Si mi mamá le encontraba plata a uno, y no era lo que se ganaba legalmente, le daba su porracera porque ella decía que mínimo uno estaba haciendo algo por allá. Yo tenía guardado porque le quería celebrar los cumpleaños. Fui y le compré la tela, el corte para el vestido, zapatos, medias, una pinza, le compré un reloj, la tortica y su piña colada. Cuando ella llegó de trabajar le tenía todo arreglado. Lo que tenía ahorrado era de las propinas o lo que me ganaba cargando mochilas en la plaza. Cuando ella encontró todo eso, en vez de felicitarme o darme las gracias, me cascó. Pensó que la plata era mal habida. Mi mamá tenía eso que ni yo ni mis hermanos podíamos llegar con algo a la casa. Mi mamá es de esas señoras pobres pero de muy buenos principios. Cuando le expliqué me pidió disculpas, pero ya me había pegado.

Para mis cumpleaños me compré un casete con una canción llanera que trata de una muchacha que la quieren hacer

abortar y ella no aborta, porque el feto desde el vientre le implora que él quiere nacer, que él quiere ver la luz y que no sé qué. Conmoví a mi mamá con esa canción y ahí fue que me confesó todo. Me marcó porque ellos cada vez que se peleaban se desquitaban conmigo. Yo siempre vi las cosas desde ese punto. Yo peleaba mucho con mis hermanos porque me decían que yo era el medio hermano, que yo era el recogido, me la montaban y entonces era peor. Ahí fue cuando me resultó la oportunidad de trabajar en vaquería, me llevaron a trabajar de comensal, pero era para trabajar con una pandilla de cuatrerros y duré un tiempo trabajando con ellos. Yo tenía menos de 15 años y cuando a uno de chino le ponen un reto, le hace porque quiere hacerse notar, quiere hacer ver que no le queda grande y nunca mide las consecuencias. Hasta que nos tocó salirnos porque llegaron los grupos de limpieza. Se decía que era un grupo del esmeraldero Víctor Carranza y que se hacía llamar La mano negra o El guante negro. Comenzó la persecución, me salí a tiempo, porque los que no se salieron no vivieron para contarlos.

Vuelvo con los problemas en la casa, y me encontré con el muchacho que me llamaba la atención y este hijuemadre con ropa nueva, de marca y con plata, todavía más atractivo. Le pregunté qué estaba haciendo y cómo le había ido, me dijo que estaba en la mata, que le estaba yendo bien, que estaba bueno para trabajar. Yo le dije que me quería ir a trabajar, que necesitaba irme de la casa porque estaba muy aburrido. Él me dijo que listo y me prestó lo de los pasajes. Yo dije "Me voy con la condición de que mis tíos no se vayan a enterar para dónde cogí". En Acacías me ganaba

\$ 1.500, cuando me pagaban bien me ganaba \$ 2.000 de seis de la mañana a seis de la tarde. Él me dijo "Wilmer, allá pagan \$ 15 mil el día y si usted trabaja bien le pagan \$ 20 mil".

Yo tenía 15 añitos, eso fue el 1º de diciembre del 90, empaqué maletas y me fui. "Me voy y me voy del todo, no se preocupen por mí, porque yo voy a estar pendiente de ustedes. Yo voy a trabajar y a demostrarles que el hijo indeseado, el hijo que ustedes más han despreciado, es el que más les va a servir en la vida. Lo único que les pido es que no corran detrás de mí ni me busquen porque no me van a encontrar". Y me fui. Me fui con la mentalidad de humillarlos, de cachetearlos dándoles una buena calidad de vida. Me fui con esa visión, trabajar, trabajar, esclavizarme trabajando para demostrarles quién era yo.

Nos fuimos a la una de la mañana y llegamos a la finca a las cinco de la mañana del otro día. Primero en carro hasta Puerto Concordia, después voladora a la Tigra y de la Tigra canoa al Puerto; y de ahí a pie por una trocha en el monte. Llegué con la zozobra de que por chino no me dieran trabajo; pero me dije "como sea, me quedo acá y trabajo". Al llegar el muchacho me presentó con el patrón del trabajador. El cucho dijo "¿Usted me trajo este escuincle a que lo acabe de criar?" Yo le dije "Patrón, deme la oportunidad, según como yo trabaje usted me paga, sino al menos me da la comida. A mí no me gusta depender de nadie, me gusta ganarme las cosas". Entonces el cucho: "¡Este chino me gusta como habla, hágale mijo!". Me puso a volar pata para conocer el trabajador, la finca, por

todos los rincones. Al otro día me puso a trabajar. Le di la talla. Lo ponen a uno de comensal, a trabajar el día, a fumigar, volar machete, desyerbar, alistar leña, oficios varios de la finca. Allá pagan cada tres meses, cada campaña. Me puse a trabajar, ni los domingos descansaba porque yo quería plata. Cuando llegué allá tenía 15 años y había un muchacho de 17, un muchacho fornido y grande, también trabajador de la finca, que me acabó el encanto del otro muchacho. Para esa campaña probé ir a raspar, todos decían que desde el primer día se sabe quién es bueno y quién no. "Yo tengo que ser bueno para esto, yo tengo que hacer plata porque raspando se gana más al día". Si uno se ganaba al día \$ 15 o 20 mil pesos, raspando se ganaba \$ 30 o 40 mil pesos, al que le rendía. Me amarré los toldillos en mis dedos y me fui a raspar hoja y dele y dele, me salió sangre en mis deditos y todo. Llegué a las tres de la tarde y mis manos ya no aguantaban. Más aburrido porque con media lunadita de hoja no más me tocaría dedicarme al día porque esto no es lo mío. Pues el patrón me pesó la hoja, había cogido 21 libras, no más, pero dijo "Este chino va a salir bueno, lo felicito, porque usted en el primer día es el que más ha cogido, siempre se cogen 14, 17 libras, el que más había cogido eran 19 libras. Vaya mee y échese los miaos en las manos, y por la mañana se echa la saliva antes de lavarse la boca para que le coja callo". Y así, hasta que uno le va cogiendo la práctica. Yo me alcance a coger 7, 8, 9 arrobas diarias, lo máximo fueron 13 arrobas, pero nunca me gustó, me gustaba más la administración. Me le puse al trote a la administración y como será que al año y medio, por problemas con la insurgencia, con la guerrilla, el cucho tuvo que salirse y nos reunió a

todos para nombrar quién se quedaba remplazándolo. Uno espera que el más antiguo se quede. Cuando llega y me dice, "fosforito, usted, quiero que se quede al frente de la finca". Me decían "fosforito" por pequeñito, flaquito y alzado. Yo le dije "¿Está seguro?" Y me dijo "¿Se siente capacitado? Porque usted es quien me inspira más confianza". Yo le dije "Pues hagamos una cosa, deme la oportunidad de una o dos campañas, y yo me doy cuenta si soy capaz de responderle o usted se da cuenta si yo le doy la talla o no". A la mayoría no le gustó. El más nuevo y el más chino. Él dijo: "Es el único que no fuma, no toma y no abandona el trabajo ningún día, y copia y aprende rápido".

Allá la insurgencia se fija mucho en uno. Siendo un muchacho, un sardino, quieren enredarle la pita y convencerlo de que deje de trabajar y coja las filas. La primera experiencia que viví con el conflicto armado fue recién llegado, cuando no conocía bien el territorio. Estábamos durmiendo y a la una de la mañana llegó un escuadrón de la guerrilla, nos levantó y nos llevó a los tres más jóvenes. Creímos que nos reclutaban; era para que los guiáramos, teníamos que llevarlos hasta "las bocas del cabra". Cuando llegamos allá y nos devolvimos eran las cinco de la mañana, en la mitad del trayecto escuchamos que venía la Marina río arriba. Entonces yo les dije a los muchachos "Esto se putió, esto es una emboscada del Ejército. Corramos porque estos nos va a alcanzar". Dicho y hecho, la demora fue que las voladoras de la Marina bajaron la velocidad para coger el recodo y se encendieron. Bala pa'allá, bala pa'acá. En menos de 10 minutos

estaban los helicópteros sobrevolando y comenzaron a bombardear y nosotros chillar, correr y gritar. Yo no había cumplido los 16 años. Esa experiencia fue fea. Cuando llegamos a Cabras, los chinos se iban a botar al agua, yo les dije "No se boten porque los helicópteros ven movimientos en el agua, vienen y nos encienden. Botémonos por los musgos, como los chigüiros". Gracias a Dios, Caño Cabras es de agua amarilla; después de pasar el Caño estábamos salvados. A las cuatro de la tarde volvimos a recoger heridos y a enterrar los muertos; después nos mandaron a buscar medicinas. Tocaba hacerlo porque si usted no coopera, pues no está con ellos, no lo dejan trabajar o lo echan en la mala. Esa fue mi primera experiencia con los grupos en esa región. Cuando llegaban a la casa, yo salía e interactuaba con ellos y nunca había problema. Aparte de que ya llevaban su roce con el patrón; por eso el cucho tomó la decisión de dejarme, porque yo sabía sobrellevarlos.

Cumplí los 18 años, era muy ahorrativo y les mandaba plata a mis papás, una parte de lo que me ganaba; lo otro lo ahorra. Mi regalo de 18 años fue comprarle la finca al patrón. Me di la talla, yo me la rebuscaba. Se trabajaba por porcentaje, según las arrobas que salían a uno le daban por administrar la finca. Aparte de eso, yo compraba insumos para la finca y compraba para vender al detal en la vereda. Yo me la rebuscaba. Cuando salía a los mercados, me iba con buena plata y cuando salían los que les gustaba tomarse la plástica yo les cogía en empeño las cadenas, los relojes, las pistolas, y cuando querían recuperarlas tenían que darme un excedente. Allá me fue muy bien; pero

lo que yo pasé a los cuchos no supieron administrarla. Vendí la finca porque cuando me sacaron perdí todo lo que tenía. A mí me sacó la insurgencia en enero de 1997 por no copiar y no querer unirme.

Me llevé a mi mamá para que me ayudara a despachar comida y un día al prender el fogón, el mechero había cogido gas y explotó. Ella se prendió en candela, salió corriendo a buscar el lavadero y yo la vi prendida en llamas, imagínese la reacción mía. Había un pantanero donde se bañaban los marranos, allá la boté y la apagué. Gracias a Dios, con el barro la apagamos y la sacamos para el caserío, a ponerla en tratamiento y a hacer todo lo que decían los médicos, para que no le quedaran secuelas; me eché de enemigos a mis hermanos porque yo me había ido por allá y mi mamá por andar detrás mío.

Comenzaron los rumores, decían que yo era del otro equipo, y mis hermanos mayores decían que preferían un hermano muerto que marica. Había comentarios en la vereda. Me tocaba ir a los caseríos los días de mercado, meterme a los chongos, negociar con las muchachas para entrar a la pieza un rato con ellas para que me vieran salir, para que vieran que yo era el súper macho. Tanto por el entorno de la convivencia de los trabajadores como por sostener el respeto, porque si yo me hubiera dado a conocer como gay pues nadie me hubiera respetado. Aparte hubiera tenido problemas con los grupos al margen de la ley por esa cuestión, porque ellos tampoco admitían eso.

Así fue mi convivencia allá, hasta el día en que, ya siendo dueño, organicé el

comité de deportes de la vereda con la JAC. Construimos la primera escuelita en la vereda, organizamos los primeros campeonatos de fútbol, participamos en el campeonato subregional y regional en el Guaviare, y nos llevamos el título. Eso fue un festejo de ocho días. Eso es lo que yo extraño del campo, la gente es muy unida para todo, lo que no se ve acá en el pueblo. Eso era muy bonito, lo único malo era la insurgencia. Convocaron a todas las veredas para trabajar; nos citaron en la escuela, en la cancha de fútbol que yo había hecho, nos citaron allá porque era la mejor cancha del sector.

El comandante dijo su terapia, que ellos empuñaron las armas para defender al pueblo, que ponían el pecho por el pueblo, que eran los protectores de los campesinos, que una cosa y la otra. Primero echaron la cantaleta para después decirnos que nosotros, los campesinos, teníamos que ir a hacer la trocha La Macarena-Vista Hermosa, que necesitaban hacer esa trocha con la mano de los campesinos. Yo hacía sentir mi fosforito en todo lado. Yo recibí entrenamiento de ellos, en los centros de preparación, porque a uno lo ponían a trabajar de inteligencia, porque si usted no trabajaba no podía estar en la región. Aparte de que como patrón y trabajador pagaba —al trabajador tocaba descontarle el 20 % de lo que ganaba, eso les pertenecía a ellos; también sacaban el 20 % de lo que vendía y por eso siempre tuve controversia con ellos—. Ese día me exalté y dije: “Lo único que sé en esta vida es que tengo que morirme, porque para eso nacemos. Aquí no somos inmortales. Yo no doy un machetazo en esa trocha. Si ustedes la necesitan,

háganla ustedes, pero nosotros no. Cuando nosotros necesitamos destapar un caño, abrir una trocha o hacer un puente ustedes no nos colaboran, todo esto tenemos que hacerlo para entrar los insumos y producir para que ustedes coman, porque ustedes cogen las filas es por flojos, por mantenidos". Entonces el man se me alborotó, que las cosas se hacían como ellos decían porque ellos eran la ley. Yo le dije que para mí no había ley. "Usted es igual a mí. A usted lo único que lo hace diferente es que usted tiene fusil terciado y yo no lo tengo, pero si usted quiere dé la orden, que me pasen...porque si no le gusta lo que le digo, a mí tampoco lo que está proponiendo. Y si acá se tiene que morir alguno de los dos, pues lo que tenga Dios decidido, yo a usted no le voy a comer, ni a correr. Usted no es más que yo... Aparte de que les damos de tragar, tenemos que hacerles los caminos para que puedan caminar tranquilos". Me alboroté y el hombre me dijo que si no quería cooperar entonces que abandonara la región. Yo le dije, yo no tengo porque abandonar lo que he construido...

Dio la orden de que me sacaran de la reunión y me llevaran a la cancha de fútbol para fusilarme, porque había alborotado a la gente. Una señora, que era mi mejor amiga, se puso por delante y se puso toda la vereda por delante. "Si lo van a matar, nos matan a todos". Como no pudieron hacer eso, me dieron destierro, tenía que abandonar la región porque el que no servía no era bienvenido. Me alboroté más, les dije "Yo me voy para no seguirlos manteniendo, cómprenme lo que he trabajado". Me dijeron: "No le estamos diciendo que si vende, sino que tiene que irse". Dije:

"Tengan en cuenta, pueblo, que eso es lo que ellos buscan, sacarlo a uno para quedarse con lo que uno ha trabajado; y eso es lo que le ayudan al campesino". Ellos me dieron destierro y yo, para no venirme con las manos vacías, convencí a tres muchachos que habían estado recibiendo entrenamiento, muchachos jóvenes que trabajaban, y los convencí de que eso no era bien, y que si querían mejor vida había que salir volados antes de que los reclutaran y me los traje. Por eso tuve persecución tres años, por haberme traído a esos chinos.

Me fui para Bogotá, sin conocer. En Bogotá la vida fue muy dura; volví a buscar el campo y me fui para Zipaquirá a buscar un trabajo. Me fui para Pacho, por allá encontré a mi abuelo paterno, estuve como mes y medio ayudando al viejito. Me fui a Boyacá a trabajar en las minas y luego me devolví a mi municipio, iqué hijuemadre! Si me tienen que encontrar que me encuentren, pero yo no voy a seguir corriendo. Me fui a trabajar en las palmeras, no me la dejé montar del contratista y me salí de la palmera. Entré a trabajar en el colegio, como celador, y ahí me ubicaron. Hablamos, me aclararon unas cosas y se acabó la persecución.

Comencé a trabajar con la peluquería, pero después vinieron consecuencias, porque el pasado no perdona. Comenzó el auge de los paramilitares en el pueblo. Algunos muchachos que conocí en la región habían desertado de la guerrilla y se habían insertado a los paramilitares; me reconocieron y comenzó el acoso y la persecución de los paramilitares conmigo. Ahí tuve varios inconvenientes

fuertes, bastantes problemas con ellos, siempre salí ileso de todo, por saber llevar las cosas.

La vida también le enseña a usted a saber cómo llevar las cosas. Uno sabe que de chino era fosforito, después fosforito apagado porque eso no lleva a ningún lado. Ya me había hecho cargo de mis dos hijos, cuando me enteré de que era papá eso también me hizo cambiar, calmarme y saber llevar la vida, porque si hacía que me mataran pues iban a quedar desamparados los muchachos. Ahí comienzo la lucha, tuve inconvenientes así como tuve muchos favores de los paramilitares.

Yo perdí a mi hermano mayor. Murió de 23 años en la masacre de Caño Jabón, en Puerto Alvira; yo llevaba año y medio de haberme venido del Guayabero. Trabajé con los paramilitares y después me di cuenta en las audiencias de que habían sido los victimarios de mi hermano. Eso es un proceso largo. Con ellos tuve problemas por mi homosexualidad; siempre he tratado de ganarme el respeto de la gente del entorno, pero no falta el envidioso o el que le quiera hacer daño a uno. Como dice el dicho, uno demuestra más con sus actos que los demás con las palabras. Gracias a Dios salí ileso muchas veces. Por el mismo trabajo que les tuve que hacer, casi caigo preso en tres ocasiones, pero gracias a Dios que me ha dado la sabiduría para salir de esos inconvenientes y no me tocó llegar a un proceso judicial.

En todo lado he sentido la discriminación, el señalamiento, los atropellos, inclusive en los mismos procesos de liderazgo en que he trabajado, porque cuando

uno va a los encuentros con indígenas, campesinos, afrodescendientes, con todo el mundo, y hay gente que le falta cultura, educación y conocimiento, lo atropellan a uno fuerte. Todo este proceso me ha ayudado a enfrentar esas situaciones.

En el transcurso de mi vida, desde pequeño, cuando comenzaba a tener el uso de mi vida, mi condición sexual ha sido muy fuerte por la cuestión de que nací de padres campesinos, gente tradicional, conservadora, súper católicos. Cuando yo estaba en el pueblo y trabajaba vendiendo empanadas y envueltos, también recogía monedas en la iglesia, me vestía de acólito porque decían que buscando a Dios se superaba eso, decían que eso era un demonio que uno superaba. El desarrollo de mi sexualidad en mi adolescencia, por allá en el Guayabero, en la mata, fue muy difícil porque aparte de que no podía expresarle a nadie mis sentimientos, por cuidar de mi integridad, muchas personas abusaban y se aprovechaban; sufrí violencia sexual allá, solo y sin poder defenderme ni hablar. Un amigo de mis hermanos llegó allá y supo que yo era gay, y se aprovechaba de eso, me chantajeaba, si no me portaba bien me vendía con mis hermanos. Sufrí atropellos de parte y parte. Tuve muchos problemas, una vez tuve un enfrentamiento con un muchacho, un trabajador de otra finca que no sé, pero nunca le di motivo, fue y les dijo a mis hermanos y les aseguró que se había acostado conmigo y no era cierto. Ese día, si no fuera por mi hermano, yo lo hubiera jodido.

Yo nunca pertenecí a un bloque. Ellos sí me ofrecieron buenos pagos; lo



hacían trabajar a uno, pero siempre me pagaron mi trabajo. El trabajo muchas veces era traer mercancía de Concordia, Puerto Rico, Puerto Lleras sacarla de allá hasta acá, conseguirles las tarjetas de recarga de los teléfonos, 5, 6, 8 millones en solo tarjetas y llevarlas hasta abajo, arriesgándome a que la Policía o el Ejército me cogiera, o un retén de la guerrilla o de otro grupo de paramilitares. Yo no hice parte del proceso de desmovilización, nunca estuve de acuerdo con eso porque era como estafar al Estado. Los principios que me inculcaron mis papás fue trabajar y sudármela por mis propios medios. No tengo un código de desplazado, no tengo un código de víctima. Yo tengo trabajo, salud y que la ayuda se la den a otra persona.

Esta es la primera vez que quiero hablar, dar a conocer mi biografía, la historia de mi vida, porque ya me siento seguro y ya no tengo miedo, porque siempre viví con miedo. Siempre estuve callado. Una vez estuve hablando con unas personas que estaban interesadas en escribir mi biografía porque era una supervivencia fuerte y muy constructiva que enseña que la vida no es fácil pero se supera. Nunca concreté eso porque tenía miedo. Ahorita tengo la oportunidad, de pronto porque este proceso me inspiró confianza y por eso doy a conocer parte de mi vida, para que otros lo conozcan y sepan que por más difícil que sea la vida, uno siempre tiene esperanza. El proceso de liderazgo que llevo, las experiencias que he vivido. Lo vivido y las secuelas que le dejan los tropiezos. Todo tiene su principio y su final, sus cosas buenas y sus cosas malas o regulares.

En mi madurez me gustaría ser un guardabosques y tener una vida tranquila. Me gustaría que se me diera esa oportunidad hermosa de estar rodeado de la fauna y la flora. Ya viví la ciudad, ya viví las cosas, muchas cosas, todos los riesgos, las secuelas, gracias a Dios de todo lo malo salí librado y las cosas buenas han sido las recompensas de Dios. Yo siempre he soñado vivir en alguna parte tranquila.